

tilma, las bendices sin duda y les comunicas alguna virtud prodigiosa con tu contacto, y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino ni desplegar, sino en presencia del Prelado, el lienzo que las guarda. Mas entonces, Madre mía, los ángeles formaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tilma desplegada por los primeros rayos del sol que asomaba en el Oriente, y cobijaba tus espaldas dejándote con ellos revestida; entonces con el jugo de las flores, como exprimidas, trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el nitro de los lagos descomponer, ni el tiempo, devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada esta celeste imagen, sin que obstase la rudeza del *ayate* para impedir la pintura, ni su falta de preparación para fijarla, ni su raleza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla. Allí se verificó esa maravilla que los ojos atónitos contemplan, que los sabios convencidos proclaman, que los prodigios multipli-

cados acreditan, y que los corazones embelesados veneran.

Mas, ¡oh Virgen de Guadalupe!, ¿qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñascos, sino las graciosas virtudes que cada día haces germinar en los pobres corazones de tus hijos que te aman? ¿Y qué indica el hacerlas coger y florecer de preferencia en el sitio de tus primeras apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen más copiosamente en las almas que tú visitas y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus deseos y aspiraciones levantadas hacia el cielo? ¿Y para qué descienes cercana á la salobre fuente, sino porque quieres bendecir sus aguas con tu presencia, y hacerlas obradoras de salud y remedio, como la fe y memoria de los siglos transcurridos testimonia? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpan aquellas rosas frescas y olorosas, y de rocío cubiertas, que con su jugo imprimirían tu imagen, sino para advertirnos que las virtudes, hermoeadas con tu contacto, serán más frescas y más suaves, y que prote-

gidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando ó imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del santo secreto con que debemos conservar los favores recibidos sin manifestarlos á otros que aquel que en nombre del Señor gobierna nuestro espíritu? ¿Y por qué eliges para esa grande obra la madrugada, y el salir del sol, sino para que entendamos que esa es la más bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su Santa Madre, y ofrecer al Señor las primicias del día, y copiar en nuestros corazones por la oración su perfecta semejanza? Haz, pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar esta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los plácidos rayos de ti, la aurora de los cielos; haz que curen tantos enfermos con las limpias aguas de ti, fuente de gracias; haz que tu hijos sepan dar cuenta á quien conviene, y como conviene, de los favores recibidos, para que, impresa en el cora-

zón tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya imagenos encantaba aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

SÉPTIMO DÍA

Apenas prometes á Juan en la montaña la salud del enfermo, cuando llena de bondad y misericordia te presentas á éste, que no sabe al principio si es un delirio delicioso de la fiebre el que le hace mirar una beldad tan soberana; pero la calentura, que al punto se retira; la cabeza que se aligera, las fuerzas que se recobran, y el corazón que late con un encanto desconocido, le hacen ver que no es una ilusión lo que le embelesa y le cautiva; y al mismo tiempo escucha, ¡oh Virgen!, tu voz melodiosa, que el mismo Dios oye resonar con agrado, y le muestras tu voluntad de que un templo se edifique en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu imagen se llamase SANTA MARÍA DE GUADALUPE. La salud completa de aquel hombre, además de su inge-

nua sencillez, dan bastante testimonio de tu bondad de Madre y de la realidad de tu visita; así quisiste premiar la ardiente fe de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio, y elegir, como el Señor, las cosas débiles del mundo para confundir á las fuertes; y á las estultas, para confundir á los sabios; y á los viles y despreciables, para destruir las poderosas. Mas ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarte, y que en su dulce y melodioso idioma revelaste al enfermo en tu visita? Si aun en nuestra lengua significa *agua de la fuente*, como manifestando que eres una fuente purísima cuyas límpidas aguas son las gracias que, redundando de Ti, refrigeran, riegan y purifican, ¿cuáles serán sus maravillosos sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera? Muy bien puede indicar *la que tuvo origen en la cumbre de las peñas*, nombre que recuerda las palabras que de Ti canta la Iglesia tomándolas de un salmo misterioso: *los cimientos de la ciudad de Dios están colocados sobre santas*

montañas, y nombre que recordaría perpetuamente tus graciosas apariciones sobre la cumbre del feliz Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser inmaculado, con la dignación de tus visitas á la bajeza de nuestro suelo. O más bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: *la que ahuyentó á los que nos devoraban*, puesto que á tu venida desaparecieron las supersticiones idolátricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millares las almas, atormentando también no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas afean hoy á tu pueblo querido: sé Tú la fuente de aguas claras adonde venga á purificar su alma contaminada. Del pozo del abismo se exhalan negros vapores que enturbian la luz de la fe; y del abismo de los vicios se levanta el humo pestilente de la incredulidad y la blasfemia: sé Tú la que apareciendo á nuestros ojos, radiante de luz, en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas y confundas los errores y des muerte Tú sola, una vez más, á la herejía. Los leones rugientes

del infierno, transfigurados hoy, para engañar mejor, en almas de difuntos, devoran como nunca las almas de los vivos y alucinan y engañan á muchos de tus hijos: sé Tú, Señora, la que ahuyentes muy lejos á estas bestias devoradoras que con astucia de raposas devastan y asolan las viñas del Señor. ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á este pueblo que te ama, endulce nuestras penas y amarguras, y embalsame nuestra alma, y purifique el ambiente emponzoñado! ¡Que tu imagen graciosa y querida ocupe por todas partes, no sólo un lugar preferente en nuestros templos, sino también la cabecera de nuestros lechos y las paredes de nuestras moradas! ¡Que tu historia, tan amorosa y tan tierna, sea referida por las madres á sus hijos, y por los hijos de nuestro suelo á los extraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones, y que tus glorias y alabanzas no caigan jamás de nuestra boca, en tanto que nuestros ojos te contemplan y nuestros labios, con amor y respeto, besen allá en el cielo tus plantas virginales. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

OCTAVO DÍA

Ya había llegado el mensajero, ¡oh Virgen santa!, á la casa del Prelado; ya había esperado mucho tiempo, y había tenido que recatar las rosas que llevaba de la piadosa curiosidad que quisiera registrarlas, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje con la sencillez de la verdad, y añadiendo que lleva las señales pedidas, despliega el *ayate* que recogido lleva, y deja caer por tierra las frescas flores que en él guarda. Pero, ¿qué aparece entonces, Madre mía? ¡Oh prodigio inaudito! ¡Oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial y divina se presenta ante los ojos atónitos del Prelado. Eres Tú, la Reina de los ángeles y de los hombres; eres Tú, Madre de Dios y Madre mía, la que te dejas ver allí, semejante á la visión del Apocalipsis; el Sol te viste de pies á cabeza con sus lucientes rayos; bordan tu manto las brillantes estrellas, y pisas la Luna, ennegrecida,

con tus plantas, y un querubín con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color, moreno suave, tiñe tus manos juntas y tu rostro, de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las más bellas mariposas el polvo de oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh Madre, Madre, dulce Madre mía! ¡Qué bella y qué graciosa apareces así á las miradas de los que te aman! ¡Con razón de los ojos del Prelado brotan, al contemplarte, ardientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! ¡Con razón, como nos cuentan las historias, ha habido un indígena feliz que expirara á los pies de tu imagen, no pudiendo resistir al dulcísimo amor que le inspirara! ¡Con razón, al comparecer ante Ti, se endulzan nuestras penas y se hacen llevaderas las cargas de la vida, y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones y perdonar las burlas y sarcasmos de la impiedad que nos rodea! Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos, María

de Guadalupe; penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades, y en lo interior de nuestras habitaciones, y en lo más íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alúmbralo, regocíjalo y purificalo todo con tu aspecto. Muévante á compasión tantos hijos ingratos y culpables; da una mirada á tantos templos arruinados, á tantas sectas levantadas, á tantas místicas palomas arrojadas del arca santa al cenagal del mundo, á tantos ángeles de dulce caridad regando con sus lágrimas el amargo pan del destierro y suspirando por este amado suelo que no olvidan ni un día: á todos mira, Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate, ¡oh Virgen fiel!, de tu promesa de mostrarte Madre de misericordia en todas nuestras necesidades; muévete á socorrernos en tantos males y á protegernos entre tantos peligros; Virgen poderosa, ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocíjanos con tu dulce presencia en la eternidad. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

ÚLTIMO DÍA

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa imagen, Madre mía de Guadalupe! ¡Con cuán tierna piedad venerada por el dichoso Prelado que fué el primero en contemplarla! ¡Con cuán santa curiosidad requerida por los fieles para mirarla regocijados, hasta que, coloca en el templo principal y expuesta á todos los ojos, fué acreditada al presentarla al culto público y autorizada de este modo, pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos con la ficción ni la mentira! Desde entonces resiste al embate de todos los elementos destructores: ni el polvo que por muchos días recibe la deslustra, ni los rayos del Sol la decoloran, ni el aire cargado de vapores corrosivos la destruye, ni el contacto de millares de piadosos objetos que á ella se juntan la descomponen: inmóvil, serena, radiante en el trono que la fe de nuestros padres le erigiera, ve pasar los siglos tras los siglos, siempre constante para protegernos y siempre

pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su elección para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar el acceso á sus hijos ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas transcurrido el peligro, vuelve majestuosa á instalarse en su templo y su altar para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su Madre verdadera y derramar á torrentes sus misericordias y favores. ¡Oh Madre mía, vida mía, tesoro de mi corazón y encanto de mi alma! ¿Cómo te alabaré, Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas y alabanzas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte la ternura de mi alma y el amor de mi corazón para contigo? ¡Virgen mía! ¡Madre mía! Morena tórtola de nuestros altos montes; azulada paloma del Tepeyac, tierna beldad de encanto soberano, que á Méjico cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; batalla-

dora terrible como un ejército formado en batalla, y capaz de ahuyentar con solo tu aspecto á los que nos devoran; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día para ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste preciosa en nuestro suelo para ser su honor y su delicia y embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpísimos colores que te levantas entre el cielo y la tierra para alentar la esperanza del hombre y recordar al Señor sus promesas de paz; arca colmada de inapreciables riquezas, abierta siempre á todas las necesidades y convidando á todos con tus tesoros; alcázar real de inexpugnables muros en cuyos recintos seguros nos hallamos de los tiros de todos nuestros enemigos. ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! ¡Mi corazón es tuyo, bien lo sabes; mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa imagen que siempre los recrea, sin saciarlos jamás; mi mansión quisiera tener junto á la tuya para vivir y respirar á ti cercano! ¡Piedad, piedad de tu pue-

blo, Madre mía! ¡Méjico te ama siempre, aunque muchos de sus hijos se extravíen y muchos de los tuyos se desalienten! ¡Piedad para ellos, Señora, piedad y misericordia para todos! ¡Que los errores se disipen, que los ángeles de tinieblas huyan amedrentados al infierno! ¡Que los herejes se rindan á la luz de la fe, que los católicos reaviven su celo y se despojen del espíritu del mundo! ¡Que el nombre del Señor sea santificado, y su reino extendido, y su voluntad cumplida en todas partes; y que tu dulce nombre, y tu graciosa imagen, y tu amor y tu culto se aumenten á porfía entre nosotros, para que, purificada nuestra vida y asegurado nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jesucristo y á Ti, su santa Madre, allá en el cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

